

**Héctor
Béjar**

FORME

65

ediciones eln

A Javier, a Edgardo, a Guillermo,
a Lucho, a Nemesio.....a todos
los compañeros.

Tú sabes
cómo es el enemigo.

Al principio
dirá: "Yo no existen,
han caído."
No habrá revolución,
todo ha terminado".

EDGARDO TELLO

INFORME 65

¿Por qué nos alzamos, por qué fuimos derrotados, por qué seguimos creyendo en la insurrección?

Explicarlo es desarrollar una posición. Para quienes tomar las armas es renunciar a la teoría, resultamos unos empíricos incorregibles.

Veamos. La fracasada --o interrumpida-- insurrección de 1965 respondía a la profunda corriente ideológica que recorre esta parte de América derribando ídolos, dando a las cosas el nombre que les corresponde, acercándose cada vez más a nuestras realidades nacionales y asumiendo el riesgo del combate frontal. El 65 tuvo su primera manifestación peruana.

¿Este marxismo renovado está concluido? ¿Es un esquema cerrado en el que todo ha sido dicho y descubierto? No. Está en formación, se nutre con las luchas de los trabajadores y bebe la sangre de nuestros mártires. Se halla profundamente penetrado del acontecer de hoy y éste es su mérito. ES EL MARXISMO LENINISMO DE LA PRESENTE ETAPA REVOLUCIONARIA DE AMERICA LATINA. A él nos adherimos con entusiasmo.

Habíamos heredado manuales definitivos. Para explicar posiciones buenas o malas, correctas o equivocadas, honestas o no, recurriamos a ese conjunto esquemático y completo. No se podía agregar ni quitar nada. Creíamos ser marxistas, era un error: ni siquiera llegábamos a la metafísica. Nuestro "marxismo" pasaba por alto cambios profundos que exigen actitudes y métodos nuevos.

Ahora es diferente. No se trata ya de esgrimir citas, sino de confrontar experiencias. El círculo vicioso ha sido roto.

Agonizante el dogmatismo, analicemos con serenidad y amplitud, unas cuantas ideas y recordemos algunos hechos.

Esta democracia está en cuestión.

En 1965 poblaban el país 11 millones 649 mil habitantes; de los cuales sólo dos millones y medio tenían derecho a voto. Como no votan, ni votarán, tres millones de analfabetos (1), una quinta parte decide, aparentemente, la suerte de las cuatro restantes.

Hay algo más. La población lectora --el quinto votante-- tiene apenas un promedio de segundo año de primaria, lee las páginas policiales de la prensa amarilla, ve las peores películas del mal cine, es intoxicada sistemáticamente por una televisión morbosa. Allí se le repite, incansablemente, que la democracia burguesa es el único sistema practicable y el socialismo un monstruo feroz y sanguinario: un maniqueísmo sabiamente dosificado, donde el bueno es el burgués y el malo, el comunista.

-
- (1) La cantidad es mayor pero voceros interesados tratan de disminuirla para restarle importancia. Sin embargo, aun que varían de una fuente a otra, las cifras son indiscutibles. Según el Censo de 1961 el total promedio de analfabetismo llega casi al 40%. ¡Y se refiere únicamente a los mayores de 17 años! Por otra parte, no toma en cuenta el analfabetismo "por desuso" que tiene su causa en que el grueso de nuestra población "lectora", no lee.

¡Pueblo encerrado en una cárcel de rejas invisibles, espectador impotente y desalentado de un escamoteo en el que los despojados resultan "invasores", quienes se defienden, "agresores", el desorden abusivo, "orden social", la usura, "ayuda"!

A esa prestidigitación nosotros insistimos tozudamente en oponer nuestra pobre prensa, nuestra inercia, nuestra carencia de medios.

Esta democracia esconde, cada vez menos, la represión diaria: la protesta contra la dilatoria legalidad burguesa es respondida con prisiones y masacres.

Esta democracia es la violencia organizada. Contra ella ya no son efectivos, por sí solos, ni las acciones pacíficas de las masas ni el legalismo burocrático.

Se dirá: eso es derrotismo, salgamos a las calles e instemos al pueblo a elegir un gobierno progresista, a votar por hombres fieles a su causa. Cambiando el gobierno, cambiarán los me todos.

¿Son el Parlamento y el Poder Ejecutivo, el gobierno de este país? ¿Es el Poder Judicial, la justicia? ¿Son los cuatro poderes, realmente poderes?

Hace un buen número de años que la oligarquía viene implantando y deponiendo gobiernos. Cuando se cansó de Leguía, metió en Palacio a Sánchez Cerro, quien no tardó en hacerse elegir por un pueblo inerme. Asesinado el fante, Benavides estaba listo para sentarse en la silla presidencial. Al poco tiempo, Prado, de la familia de banqueros más poderosa del país, fue también "elegido". Bustamante no duró mucho, lo echaron vergonzosamente pagándole a Odría. Cuando Odría estuvo en peligro de caer lo cambiaron nuevamente por Prado. Finalmente Belaúnde, una especie de Bustamante más sumiso, conspiró con el ejército y éste impidió el ascenso del apra al poder por resentimiento de casta.

¿Escogió el pueblo a todos estos tunantes inescrupulosos?

Un supragobierno cada vez más impúdico, sin haber sido designado por nadie, rige el destino de trece millones de peruanos. Es un núcleo cerrado, exclusivo, formado por exportadores, latifundistas y banqueros. No nos hagamos ilusiones. Esa gente no saldrá de allí sino por la fuerza.

Si esta oligarquía dependió siempre del exterior, si su doble faz complace sonriente a los compradores norteamericanos mientras esgrime el garrote contra los trabajadores nacionales, hoy su dependencia es más grande que nunca. Y es irremediable. Desalojado del tercer mundo, el imperialismo norteamericano se aferra a América Latina. Somos el patio trasero de su casa, su zona de seguridad, lo que quiere decir que toda insurgencia pacífica será aplastada por boinas verdes y marines, que en última instancia el gobierno peruano reside en el Pentágono, y que cualquier mínima alteración de ese "orden" será combatida a muerte.

La amenaza unifica: las clases dominantes son ahora una alianza política represiva, manifestación de su entrelazamiento económico. Si la grande y la mediana burguesía tienen similar origen, desde el 59 cubano se aferran, con uñas y dientes, a sus viejos privilegios. Conocen el peligro de las concesiones: no dejarán hacer.

Está bien admitirá nuestro porfiado interlocutor, lo sabemos. Pero si Uds. dicen que el pueblo es ignorante y está intoxicado ¿cómo pueden pensar en alzarse? Si no atiende a nuestros discursos, menos apoyará a quienes lo invitan a una acción que entraña mayores riesgos. Quedarán Uds. aislados, serán exterminados y nadie lo lamentará.

Y ahora, después de 1965, nos dicen: ¿no ven? ¡nosotros teníamos la razón!

Respondamos. A pesar de su analfabetismo y de su segundo grado de escolaridad, nuestro pueblo empieza a darse cuenta, al menos, de que los políticos no lo sirven sino que se sirven ellos mismos. La minoría que acude a las urnas lo hace porque es obligatorio --abstenerse le acarrearía dificultades-- y vota por una u otra lista como quien juega a la lotería. Los programas de los partidos que conoce a medias o ignora, no fueron hechos por ella, ¿cómo podría decidir entonces? Su voto expresa una concepción muy vaga del panorama político del país y no refleja verdaderamente sus sentimientos e intereses. Hay una desorientación general y la desilusión es cada día mayor, pero, en medio de la vocinglera feria electoral, su murmuración de protesta desaparece casi: "¡hablan, hablan, todos son iguales, lo único que quieren es enriquecerse! Desmixtificada la democracia, sólo queda de ella la engañifa, la corrupción, la mentira.

Este desaliento, entendámoslo, no es causado por tal o cual político. Las riñas entre pequeños caciques electorales a-

Héctor Béjar

penas si alcanzan a esconder la existencia de un partido único burgués. Intuitivamente, el pueblo acierta: "todos son iguales".

No le ofrezcamos entonces la alternativa de otro partido o un frente político más. Al hacerlo, puestos en la necesidad de participar en un juego cuyas reglas son impuestas por el más fuerte, terminaremos moderándonos, aparentando inocuidad, diciendo que no somos peligrosos. De tanto ponernos la piel del cordero, acabaremos siéndolo, y nada habrá cambiado, salvo nosotros mismos.

Para la gran masa de desheredados, que no conoce el marxismo, que sabe poco de programas y a la que hasta los burgueses hablan ahora de revolución, la diferencia no está en las palabras sino en las actitudes.

Es posible, ¿por qué no?, que hasta reunamos unas decenas de miles de manifestantes y algunos cientos de miles de votos, Pero ésto, que celebraremos jubilosamente como una victoria, ¿cambiará los términos del juego? ¿Es nuestra aspiración formar un obeso partido opositor, una gran tienda electoral, o tomar el poder? ¿Queremos el poder, todo el poder, para el pueblo, o una tajada de la torta parlamentaria?

La suerte del pacifismo está echada en América Latina. Ya no podemos pensar en ganar a las masas sin el respaldo de las armas. O nos sumamos a una democracia sin principios, postergando indefinidamente la lucha por el poder para defender una legalidad precaria, o tomamos resueltamente el camino armado.

Nosotros dijimos en 1965 y repetimos ahora: ¿ofrezcamos a las masas, no la ilusión de lo imposible, sino posibilidades reales de acción y demostremos con hechos lo que decimos!

Entiéndase bien, no estamos predicando el abstencionismo, la negativa a participar en la lucha política. ¡Cuidado! Eso nos aísla de las masas. Los llamamientos a votar en blanco, que nadie oye, o las consignas de sufragar con votos de conciencia, si no están encuadrados dentro de una estrategia bélica, sólo esconden el temor a la acción pública y la afición por una clandestinidad voluntaria que disimula debilidades y negligencias. Nada justifica la renuncia a la labor política y organizativa. En la sierra hay quienes arriesgan la vida combatiendo; en la ciudad debemos agitar, hablar, guiar, construir, incansablemente. Nunca debe estar ausente nuestra actividad y nuestra palabra. ¡Qué cómoda la "clandestinidad" de los que invernan en sus

madrigueras mientras la reacción respira aliviada ante un problema ahorrado!

Nosotros planteamos la acción armada en el campo y la agitación y organización revolucionaria de los barrios miserables, minas y centros obreros, aprovechando del impacto que hará en la imaginación popular una sierra en erupción. El prestigio de los combatientes, alimentado por la propaganda reaccionaria, será nuestra mejor arma. Esta labor tocará los intereses más sentidos por las multitudes, se mezclará con su organización sindical, con su lucha contra la miseria, y no descuidará ninguna de sus necesidades. Nuestra táctica adoptará múltiples facetas, pero tendrá una sola orientación: la toma del poder, y una sola dirección: el comando combatiente de la sierra.

El abstencionismo recortado es a la lucha política, lo que la resistencia pasiva a la lucha armada. De los métodos burocráticos que nos entregaban atados a las represalias enemigas, algunos pasaron hace años a la autodefensa, pero incluso ésta resulta ahora insuficiente, en condiciones que ya están exigiendo la ofensiva.

Es posible que, en los próximos años, los militares se hagan cargo del poder en una dictadura desembozada o que, por el contrario, como en Venezuela y Colombia, operen libre e impunemente dentro del cascarón democrático. La segunda situación --que ahora vivimos-- es temporal y su duración se relaciona con el crecimiento de las guerrillas y la relativa seguridad con que los políticos burgueses puedan moverse en un país en convulsión. En todo caso, la iniciativa nos corresponde. Los tiempos en que los marxistas estaban a la defensiva deben pasar definitivamente a la historia.

Necesitaremos audaces cuadros políticos para mantener permanente contacto con las masas en plena persecución; habrá sucesivos períodos de clandestinidad y legalidad relativa y tendremos que aprender a entrar y salir del escondite en el momento preciso. ¿Estamos capacitados para ello? Me temo que no. Nuestros métodos son torpes, nuestros dirigentes, lentos y rutinarios, se aferran a costumbres oficinescas, pero la lucha, los golpes, irán adiestrando nuevos hombres, eliminando los peores y mejorando a los actuales. Será una escuela dura y peligrosa, pero necesaria y útil. Por eso, con el mismo calor con que combatimos el oportunismo electorero, debemos rechazar las tendencias que desdeñan el trabajo político en las ciudades y los centros proletarios.

Revolución y Partido

Cuando nos alzamos en 1965, muchos decían que era una locura hacerlo sin el respaldo de una organización política. Hasta nosotros mismos (el ELN), por instinto de seguridad o por rutina, buscábanos el asentimiento, si no las órdenes, de una dirección pero ésta no existía. ¿Qué partido hubiera arriesgado su organización, su militancia, en un intento insurreccional en el que de inmediato había muy poco por ganar? Al haber logrado construir, mal que bien, a través de los años, venciendo un sin número de dificultades, una organización, se cavila mucho, antes de exponerla al peligro. Y cuanto más grande es, más se piensa, se calcula la correlación de fuerzas --siempre desfavorable--, la potencialidad enemiga --siempre superior--, y se opta por acumular fuerzas para una indeterminada acción futura. Y si el aparato crece, el momento decisivo se aleja aún más, porque entonces hay más que arriesgar.

Las direcciones urbanas --que se llevan entre sí como el perro y el gato-- tienen por común denominador su temor al riesgo. Olfatean de lejos el peligro y tardan en adecuarse a nuevas condiciones. Su pequeñez no se ha traducido en agilidad, y conservan celosamente todos los defectos de los grandes partidos...sin serlo. Periódicamente se producen en su seno rebeliones de militantes que enarbolan la bandera del cambio y se desencadena la lucha fraccional. En ella, reemplazando al enemigo de clase por el adversario de partido, se pierde la perspectiva general de la acción y la discusión se transforma en un diálogo de sordos: los discrepantes no hacen sino escuchar sus propias razones. Paulatinamente, las banderas combativas, la renovación de métodos, son reemplazados por las posiciones más regresivas y los sistemas más oscuros de liquidación política. El grupo fraccionalista, aislado y combatido, desarrolla su propio veneno y, como la serpiente acosada, busca sólo el momento de aplicarlo. Por lo general, termina atacándose a í mismo mientras la facción triunfante, "oficial", se reafirma en sus viejos errores.

Para nosotros, el Partido no se construye en luchas fraccionales sino en la acción, junto a las masas. Sus futuros militantes viven en los campos, en las minas, en las barriadas miserables de la capital, en el estudiantado y la pequeña burguesía.

sía empobrecida.

La acción hará crecer al Partido. Atraídas por la lucha, deseosas de participar y colaborar, gentes hasta hoy pasivas e in diferentes integrarán las filas de la resistencia urbana y se incorporarán a la organización. Los actuales aparatos burocráticos, poco atractivos, limitados a la propaganda mediatizada, serán reemplazados por la actividad agresiva y constante, semi-llero de nuevos dirigentes educados en la mística revolucionaria. Entre los grupos atomizados de hoy y el futuro partido de masas sólo hay un camino posible: la insurgencia armada.

No somos nosotros quienes nos apartamos de las masas, todo lo contrario: acudimos a ellas para llevarles un mensaje claro, ac tuante y unificador. Al mezclarnos con ellas y asumir su defensa, nos constituimos en su vanguardia. Quienes se apartan del pueblo son los que, con su falso vanguardismo, pretenden construir, reformar o mantener en pie, organizaciones fuera de su lucha diaria, de sus anhelos e intereses.

La dispersa izquierda peruana, entregada a su pugna inter fraccional, no podrá superar sus defectos sin poner fin a la causa principal: el aislamiento. Giramos en un círculo vicioso en el que nuestro alejamiento del pueblo es consecuencia de planteamientos erróneos y sectarios y éstos, a su vez, nos alejan más de él. La única salida: retomar contacto directamente con los oprimidos de la ciudad y del campo, fundirse con ellos indisolublemente. Si el camino está cortado por la represión reaccionaria, reabriéndolo por la fuerza de las armas, construi remos la definitiva alianza entre la clase obrera y el campesinado.

Para quienes vivimos los años angustiosos en que había que resolver el terrible dilema de permanecer dentro de una organización de cuya táctica discrepábamos o atacarla desde fuera haciéndole el juego al enemigo, los nuevos tiempos vinieron en nuestra ayuda. La Revolución ha dejado de ser propiedad del Partido Comunista o de cualquiera otra organización, por más que ésta así lo proclame. La propiedad privada no existe en el campo revolucionario. No siempre las revoluciones han sido hechas por los partidos comunistas. Aún más, no siempre han sido hechas por partidos. Revoluciones hay que, como la cubana y la ar gelina, crecieron junto con la organización y crearon ellas mis mas su partido de vanguardia. Si en nuestro país, los militantes comunistas o troquistas tardan en decidirse, habrá siempre combatientes dispuestos a iniciar la Revolución y éstos tampoco serán propietarios exclusivos de ella pues, por propia necesi-

dad tendrán que mantener puertas abiertas para todo el que, lealmente, quiera sumarse al combate. El sectarismo agoniza: la con tradición fundamental y decisiva en el campo revolucionario en el momento actual no está entre maoístas y jruschovistas, trosquistas o stalinistas: ESTA ENTRE COMBATIENTES Y NO COMBATIENTES, entre quienes hemos llegado a la conclusión de que no hay más camino que la lucha armada y quienes, enbozada o declaradamente, renuncian a superar el viejo pacifismo.

No desconocemos la existencia de un Simón Herrera o un Apaza Mamani en el Partido Comunista, ni la de tantos ocantanares de revolucionarios que, desde los años 30 han llenado las cárceles de nuestro país, ni el heroísmo civil de los militantes que lo sacrifican todo a una idea. Decimos que ya no corresponde a nuestra época, que ya no es suficiente. Sintomático alineamiento el de 1965: alzados combatientes, por un lado, y una izquierda desconcertada, solidaria sólo en el papel, del otro. De continuar, el movimiento hubiera producido desprendimientos, no en las guerrillas, sino en la retaguardia, lo que nos da la clave de quienes son los que mantienen las posiciones más sólidas. Por lo pronto, la izquierda tradicional ha cedido hasta la tolerancia: "son apresurados pero no son malos", y lo hace porque empieza a darse cuenta de lo peligroso que es ponerse contra la historia. Sus reacciones, que en otro tiempo hubieran constituido unánime condena, hoy muestran matices. A nadie que esté realmente interesado en la Revolución, puede escapar la complejidad, la multiplicidad, la diversidad de facetas que va tomando el cuadro de la izquierda latinoamericana, donde el monolitismo ha desaparecido. Para actuar correctamente, necesitamos desechar prejuicios, estar dispuestos siempre al análisis y pensar a través de los grandes objetivos y no de nuestros pequeños rencores.

Pero si no basta con el respaldo del gigantesco bagaje teórico del marxismo, tampoco es suficiente empezar la acción o pretender hacerlo para apropiarse de la Revolución. La dirección se conquista jugándose la vida en el diario combate por la adhesión de las masas. La vanguardia ha dejado de ser una construcción teórica, una simple palabra, para transformarse en un sitial tangible que está a disposición de quien sepa conquistar lo con lealtad y fidelidad a los principios que proclama. El pueblo seguirá a quien use el método más correcto y a quien demuestre, con la subsistencia y la victoria, que es un dirigente de ca paz.

El Partido crecerá de la heterogeneidad a la homogeneidad, de la unidad activa a la unidad ideológica. Su desarrollo correrá paralelo al crecimiento de la conciencia revolucionaria de las

multitudes oprimidas. El progreso de las masas será el progreso del Partido y sus victorias, las de ellas.

IDEOLOGIA Y PROGRAMA

Hay que construir el programa desde la realidad peruana.

Nuestros actuales objetivos supremos, Independencia Nacional y Liberación Campesina, le otorgan a la presente etapa revolucionaria su inconfundible carácter anti-imperialista y antifeudal.

El programa se hace en la acción cotidiana por estos objetivos, usando el marxismo en forma creadora, adecuando las consignas a cada etapa de la lucha. La lucha armada pasa por el campo y, en consecuencia, será claramente antifeudal para ganar su apoyo, y será anti-imperialista, porque se enfrentará a los latifundios norteamericanos para buscar la alianza con los mineros y campesinos despojados.

Nuestra meta final es el socialismo y no debemos ocultarla bajo frases eufemísticas. Para el pueblo y la reacción, Liberación Nacional y Socialismo empiezan a ser sinónimos: si tratamos de engañarlos seremos los únicos perdedores. Lograr el desprendimiento de las capas medias de la burguesía será sumamente difícil y no podemos sacrificar los intereses de la Revolución, a esa remota perspectiva.

Cuba ha demostrado que las etapas de una Revolución no pueden separarse más que en los esquemas: cada una es, en cierto modo, la siguiente. La aplicación de cada medida progresiva de la revolución democrática obliga a otras y todas forman un solo proceso dialéctico que conduce inexorablemente hacia el socialismo.

A nadie que tenga un poco de juicio escapará que el Perú actual no es la Cuba de Fidel, que las condiciones internacionales han variado considerablemente, que las características de la situación nacional no son las mismas, etc.

Pero nuestro análisis no parte de las características peculiares de la Revolución Cubana, insurgencia rápida y triunfante, sino de las características generales de América Latina, que

Héctor Béjar

hacen necesaria y posible, aquí y ahora, la iniciación de la lucha armada.

En efecto, en mayor o menor grado, la situación latinoamericana está caracterizada por: a) la dominación imperialista, no disimulada y ejercida con creciente dureza; b) la existencia de oligarquías títeres cuya base última de sustentación es el imperialismo; c) la atroz desigualdad en la distribución de la tierra y en el reparto del ingreso nacional; d) las condiciones misérrimas del campesinado y el empobrecimiento general.

Nuestra Revolución es parte de la Revolución Latinoamericana y ésta, a su vez, parte de la insurgencia del mundo subdesarrollado. La liberación del Perú está históricamente ligada a la liberación de toda América Latina. Así fue contra el imperio español y así será en el futuro contra la intervención armada norteamericana.

Se nos ha reprochado anteponer el "militarismo" a la organización política, poner las cosas de cabeza al pretender que la insurrección es primero y el Partido después. Quienes lo hacen eluden constatar que el guerrillero es un dirigente político armado. La guerrilla no es el ejército burgués. Tenemos todo el derecho de preguntar: ¿está la izquierda, estamos todos, con nuestra mediocridad, nuestro sectarismo, nuestro aislamiento, en condiciones de transformarnos, sin pasar por el taniz de la lucha armada, en el partido revolucionario que nuestro pueblo necesita? ¿Lo estaremos algún día sin haber combatido primero?.

Nunca tuvimos tan grande responsabilidad sobre nuestras espaldas. De nosotros depende que la Revolución siga el camino correcto o se pierda en la confusión y la desesperanza.

Recordemos 1962: culminaba el fuerte movimiento de sindicalización campesina empezado desde 1956, aproximadamente, pero la reacción veía más lejos que nosotros. Allí donde se organizaba milicianos o se instruía sindicalistas, veía guerrilleros. Tenía razón: la autodefensa, el reclamo masivo, podía ser transformado en cualquier momento y por obra de cualquier circunstancia fortuita, en un movimiento rebelde. Estaba en cuestión, no la existencia de un Ronainville, sino todo el sistema. Los campesinos experimentaban por primera vez el poderío de sus propias fuerzas: sindicatos, milicias, doble poder, se concretaban a cada paso en consignas que eran bien recibidas y acatadas. La oligarquía dejaba hacer mientras preparaba el zarpazo destructor. Y lo dio al fin. A la concepción clamorosamente apoyada en votaciones donde se alzaban los brazos desarmados de los traba-

jadores: "somos más fuertes porque somos más", la reacción respondió: "somos más fuertes porque tenemos las armas". El suyo no era el doble poder, pero en esos momentos era el más eficaz, el transitoriamente verdadero. Grupos grandes, pero desarmados o mal armados, se enfrentaban, con palos y piedras, con los propios puños, a las metralletas de los esbirros. Ellos no discutían el derecho de la oligarquía a gobernar el país; querían solamente recuperar lo suyo (2) y creían en las promesas, primero, de los pretendientes electorales, y luego, del partido burgués triunfante. Pero, a despecho de sus limitaciones, exigían una reivindicación que la oligarquía no estaba dispuesta a conceder. Poco le importaba a ésta que las multitudes tuvieran subjetivamente o no la voluntad de hacer la revolución: objetivamente eran revolucionarias.

Esta situación exigía la presencia de una dirección que se vinculara al movimiento y asumiera su puesto orientador, iniciando formas superiores de lucha, métodos más efectivos y adecuados. Una vez más, salvo el ejemplo meritorio de Hugo Blanco y los dirigentes sindicales campesinos, la izquierda no supo verificar a tiempo la importancia histórica de esos momentos. Alejada por propia voluntad de esa marea humana, la izquierda ponía al descubierto su propia caducidad. El saldo del error de unos, la indiferencia de otros y el sectarismo de los más, es el que debemos pagar ahora.

Hemos perdidos, por falta de coraje, por ausencia de claras concepciones tácticas, todo contacto directo con las masas campesinas. ¿Cómo retomarlos? Se nos responde: retornando a la organización campesina, para que evolucionen las "condiciones subjetivas", las que, a su vez, habrán creado la situación revolucionaria que permitirá la toma del poder. Mientras tales condiciones no existan, cualquier tentativa insurreccional está condenada al fracaso. Condiciones objetivas más condiciones subjetivas igual situación revolucionaria y lucha por el poder. Falta uno de los términos de la ecuación y por tanto su resolución es imposible.

(2) Nos referimos desde luego a las masas mismas, en su conjunto, y no a algunos de sus dirigentes que, en el caso de Hugo Blanco y sus compañeros, sabían perfectamente lo que querían en el aspecto estratégico de su labor.

Conviene que nos detengamos en ésto de las condiciones subjetivas. En efecto, admitimos, nos encontramos frente a una clase obrera cuya hora aún no ha sonado, pese a su acelerado crecimiento y a un campesinado momentáneamente retraído. Aquélla no ha encontrado aún en su unidad activa la base de su fuerza y éste, estacionario o decreciente, no recuperado de sus heridas, satisfecho a medias por la huida de algunos latifundistas, permanece a la espera de mejores días (3). Hay otro factor importantísimo: la reacción aprende y nadie podrá contribuir a esa recuperación.

Puestos en esta situación debemos escoger: o esperamos a que el campesinado se recupere por sí mismo de los golpes sufridos, y a que desarrolle su propia experiencia en combates aislados y desventajosos o acudimos en su ayuda con la protección indispensable. Lo primero es puro espontaneísmo: significa permitir que la lucha se produzca por sí sola. Lo segundo implica toda una táctica que, en las actuales condiciones, es inseparable de la acción guerrillera. A la concepción de que hay que partir de los sindicatos hacia la insurrección, pasando por la autodefensa, nosotros oponemos la de que la organización campesina, adaptada a las duras circunstancias de hoy, debe nacer del trabajo insurreccional para servirlo. Organizar nuevamente a las masas con los viejos métodos significa olvidar la lección de estos años y alimentar la ilusión de que aún es posible la lucha pacífica en el campo.

La fusión entre los revolucionarios y las capas pobres del campesinado tendrá que hacerse --no hay otra alternativa, salvo la renuncia a la Revolución-- bajo el fuego enemigo. Las dramáticas incidencias de tal fenómeno, cuyo ensayo fue 1965, acelerarán la toma de conciencia del campesino e irán creando, paulatinamente, las condiciones subjetivas sobre las cuales tanto especulamos desde la ciudad. Impactado por la crueldad de los esbirros y la proximidad de la guerrilla, obligado a abandonar su quietud, testigo de que el ejército defiende al gamonal, el campesino empezará a rechazar su condición presente. Al hacerlo cambiará su universo, superará sus confusiones, y tendrá que incorporarse a los destacamentos combatientes o cooperar con ellos.

(3) Subrayamos el carácter momentáneo de este hecho. La situación del campo sigue siendo explosiva, en general, y así lo reconocen los propios voceros del gobierno.

Este proceso no empezará de inmediato, no esperemos a que las muchedumbres sigan como por encanto la magia de nuestro llamado. Pasará un buen tiempo antes de que este fenómeno se produzca y mientras dure, la subsistencia de la guerrilla dependerá de sus propias virtudes. En un comienzo el campesino vacilará, hasta colaborará con el enemigo, por temor a las represalias; luego, espectador cercano del drama, seguirá sus incidencias con creciente interés transfiriendo a la guerrilla sus propias aspiraciones y recién entonces se decidirá a ayudar. Las masas siguen, no sólo a quien tiene la razón, sino a quien crea con éxito su propia fuerza. En el intervalo habrán fracasos y derrotas --las hubo ya--, contratiempos y pérdidas graves, pero el poder que vayamos formando bien vale el riesgo. El campesino, hombre sencillo que ama su vida y la de su familia, que quiere a su casa y a sus cultivos como a sí mismo, se inclinará en un principio a servir al poderoso militar reaccionario antes que al débil guerrillero. Para hacer variar el fiel de la balanza, habrá que demostrarle que ese poderío es falso y que los militares también pueden morir bajo el fuego de nuestros viejos fusiles. Esta es la etapa que no alcanzamos a superar en 1965. De haber subsistido las guerrillas, aunque aisladas del resto del país, la arremetida del ejército hubiera producido el resultado positivo de aumentar su número con los campesinos fugitivos: puesto en la disyuntiva de perecer o aliarse a la guerrilla, el campesino prefiere la guerrilla. Pero el proceso ha sido violentamente cortado y puede haber generado en la mentalidad de los pobladores afectados, la idea de que la lucha es imposible, lo que hará doblemente difícil una nueva experiencia. No obstante, ha quedado abierto un abismo entre el ejército y la población. Esta sabe que aquél roba, asesina, incendia y ultraja. Los guerrilleros no lo hacían, clarísima diferencia que será el cimiento de su elaboración futura.

De ese nivel tendremos que partir. Analfabeto, nuestro campesino carece de formación política y capacitación teórica, pero he aquí algo importante: sabe con toda claridad, por su trágica experiencia diaria, que el latifundio es su enemigo mortal. Ha llegado hasta el límite de una opresión secular y lo ha roto en cada una de las acciones multitudinarias que ha librado desde 1956 hasta hoy. Cuando, luego de su retraining actual, nuevos grupos guerrilleros lo decidan a tomar las armas, lo hará por deseo de desquite, por ansia de justicia, hasta por apetito pequeño burgués de pequeño propietario. No nos extrañe: en todas las revoluciones de todas las épocas, complejos sentimientos han llevado a las masas al campo insurrecto.

La paulatina fusión entre campesinado y guerrilla, elevará a aquél a niveles superiores de comprensión política y dará a ésta elementos de juicio recogidos sobre el mismo terreno para la elaboración y aplicación de su política revolucionaria, que hoy flotan por las nubes de una teoría libresca. En efecto, ¿distribuiremos las haciendas o las conservaremos íntegras para evitar el minifundio? ¿Apoyaremos o permitiremos el actual proceso de desintegración de las comunidades o, por el contrario, les daremos formas cooperativas dentro de una planificación socialista superior? La Revolución Agraria es todo un conjunto de medidas que el futuro ejército popular deberá aplicar a la luz de su experiencia diaria y en el curso de una auténtica política de masas.

El mínimo apoyo que las guerrillas requieren en su fase inicial no puede sujetarse a medidas precisas. Esta tesis que ha escandalizado a los teóricos por desdeñar, aparentemente, el estado subjetivo de las masas, se basa en varias consideraciones tácticas. Examinémoslas.

La aparición de los destacamentos guerrilleros en zonas de terminadas sin un trabajo previamente visible otorga a su favor el factor sorpresa y les permite iniciar las acciones cuando es tán en condiciones para ello y no cuando lo obliga la represión enemiga. La organización de "bases", la infiltración de elementos insurreccionales en las organizaciones sindicales, será rápidamente detectada por la inteligencia enemiga, la que observará los movimientos de los colaboradores para descargar sobre ellos todo el peso de su maquinaria policial en el momento preciso. Iniciadas las acciones, las organizaciones sindicales serán destruidas y sus dirigentes fusilados o torturados. Los líderes que, asimilados a la guerrilla, lleven una vida nómada, estarán imposibilitados de proseguir su orientación. Después de tan arduos trabajos, la guerrilla se encontrará justamente como al inicio, desprovista de todo apoyo efectivo. Toda la labor adelantada resultará inútil y sólo habrá servido para entregar a manos del ejército a los más valiosos amigos de la población.

La estructuración de bases guerrilleras, táctica inaceptable, tiende a copiar la experiencia vietnamita en condiciones absolutamente diferentes; parte de una errada apreciación de la realidad peruana y, particularmente, de la situación campesina. Las redes clandestinas de apoyo a los alzados deben ser formadas después del alzamiento y los colaboradores, probados por la guerrilla en operaciones. Los colaboradores previos mueren en la tortura o se transforman en agentes peligrosísimos, capaces de liquidar grupos enteros de combatientes.

Por otra parte, los grupos armados conocen sus verdaderas necesidades recién en el terreno de los hechos. La calidad del equipo, los alimentos y un sinnúmero de detalles notables para el buen estado físico y moral del grupo, deben estar en directa relación con la zona de operaciones. Los preparativos sobrestiman, por lo general, las necesidades futuras o las equivocan. En la construcción de depósitos y la red logística, se desperdicia tiempo, dinero y preciosos esfuerzos. Detectada frecuentemente, resultamos preparando, paradójicamente, depósitos y abastecimientos para las tropas que nos cercan. Depósitos y bases, zonas de seguridad, suponen una fijación al terreno inadmisibles en una etapa en la que hay que moverse rápido y abastecerse en el lugar donde la guerrilla se encuentre.

Recordemos nuestra propia experiencia.

Abril de 1965, Chinchibamba (4). Somos unas cuantas personas, que nos movilizamos sólo de noche para evitar encuentros con los campesinos: no queremos todavía que se enteren de nuestra presencia, pero ellos, más hábiles, descubren nuestras huellas, nos ven a través del follaje, escuchan nuestros pasos. El rumor se extiende y las explicaciones son fantásticas: ladrones de ganado, "pishtacos" (5), comunistas. Pero ¿qué idea tienen ellos del comunista sino la que inculca en sus mentes primitivas, supersticiosas, el cura de la aldea, el hacendado aprista, el nuestro prejuicioso?

Somos obstinados y continuamos caminando de noche. Nuestros alimentos están agotados y durante varias semanas comemos poco o nada. No hay otra salida: hablar con el campesino.

Empezamos a hacer amistades. Las reacciones son diversas: unos desconfían, quizá otros nos temen, pero ninguno nos niega ayuda. En el primer examen mutuo la palabra "papay" nos separa. "Papay" es el patrón, es todo blanco o mestizo, todo extranjero. Nosotros tenemos que dejar de ser "papás", de ello depende nuestra suerte futura.

Otra barrera: el idioma. Muy pocos de nosotros hablan el que

-
- (4) Pequeña localidad selvática, situada en la provincia de La Mar, departamento de Ayacucho.
 - (5) Según las supersticiones del lugar, los "pishtacos" son asesinos que comercian con la grasa humana.

Héctor Béjar.

chua (yo apenas si conozco algunas palabras pronunciadas desastrosamente), otro compañero sabe el quechua del Cusco, de fonética diferente; sólo uno conoce la pronunciación del lugar.

No obstante estas dificultades, la amistad crece y menudean las invitaciones. Explicamos quiénes somos, a qué hemos venido y nuestro lenguaje va haciéndose más accesible. Debemos cuidar las palabras, hay muchas que el campesino oye por primera vez. Quienes saben quechua sirven de intérpretes o hablan ellos mismos.

Estos campesinos viven su mundo, con sus tragedias, sus rencores, sus rivalidades y alegrías. Son comuneros y no están básicamente descontentos de su situación. Habitados a ver en su miseria una fatalidad, no se sienten víctimas. Defienden sus tierras de un aspirante a gamonal que quiere cultivar dentro de la comunidad con títulos fraguados. El tinterrillo ha sido echado y su policía protectora ha tenido que retirarse con cautela, para después apresarse a sus autoridades.

A ese mundo debíamos incorporarnos y fuimos recibidos con entusiasmo, afabilidad y alegría.

Junio 1965. Ya no somos "papás", somos "hermanos" (6). Ayudamos en lo que podemos. Problema de todos: médico. Faltan médicos y medicinas, la gente se muere por falta de remedios. Una tableta de aspirina tiene valor inapreciable. Curamos a los enfermos y repartimos las pocas que tenemos, doble razón para ser bien recibidos. Muchos son los que están de acuerdo con nuestros objetivos, otros se limitan a escuchar, dos o tres desconfían, pero la generalidad sabe al fin que no somos ladrones ni bandoleros. Ya no nos temen y podemos llegar a cualquier casa, seguros de encontrar alimento y ayuda.

(6) Nosotros usábamos muy poco la palabra "compañero". Se extendió espontáneamente, por toda la zona, el vocablo "hermano": dice más y está más cerca de la psicología campesina, que vincula el amor y la amistad con los lazos familiares (el mejor amigo es siempre un pariente "espiritual"). Así, tal guerrillero era el hermano Fulano de Tal. Y para indagar si determinada persona era digna de confianza, preguntábamos si era hermano o no.

Constatamos que en este lugar la población es escasa y temporal. Lo más denso vive en las alturas y acuden a las quebradas o a las selvas del río Apurímac sólo por algunos meses. Nos interesa el contacto con la población, pero ir a las alturas plantea el problema táctico de cómo desplazarnos y dónde escondernos. No sólo el problema de terreno, lo es también de equipo. Una noche a 4,500 m., a cielo abierto, no es cosa de juego. Necesitaríamos abrigo, frazadas, ropa gruesa, pero no los tenemos, ni podemos abrumarnos con su peso al ascender los 3 mil metros que nos separan de la cumbre. Sin embargo, corremos el riesgo. De noche, calados hasta los huesos hasta los huesos por por una lluvia despiadada, subimos penosamente.

4 500 metros sobre el nivel del mar enseñan cosas interesantes: se puede combatir el frío caminando de noche y descansando de día en las oquedades calentadas por el magro sol de la puna. Si se marcha constantemente no hay hielo que valga y es mejor, porque habitúa a desplazarse en la oscuridad, un buen ejercicio. La visibilidad es cien veces superior: basta encaramarse en lo alto de un picacho para observar todo lo que sucede a un par de días de camino. Un buen larga vista y problema solucionado. Y contra la aviación las cuevas. Los pedreros pueden esconder y camuflar guerrilleros. ¿Reeditarán los futuros alzados las paginas legendarias de los montoneros?. Lo harán y será uno de los aportes más interesantes a la táctica guerrillera de América Latina.

La capacidad física del combatiente peruano deberá adaptarse al constante desplazamiento entre sierra y selva. Descenderá vertiginosas pendientes, fuera de camino, protegido por la vegetación de los Andes orientales y tornará a las alturas en un movimiento constante. Su vida oscilará entre los mil y cinco mil metros. No es tarea de superhombres, pero requiere de una adaptación plena a nuestro diabólico territorio.

En las alturas impera la gran propiedad pero el hacendado, explotador inmisericorde, vive tan primitivamente como el campesino. En toda la zona sólo encontramos camas en Chapi. Los otros hacendados dormían en rudimentarias tarimas o sobre pellejos de carnero y comían mote y papas sancochadas, igual que sus siervos.

Gran propiedad, sí, pero su extensión no es sinónimo de riqueza, sino de acaparamiento y criminal negligencia. Avaro, ignorante y mísero, el latifundista es el obstáculo principal para el progreso. No sólo se opone tercamente a las escuelas y combate a los maestros: impide que sus trabajadores cultiven

más de lo que él cree conveniente, castiga a quienes crían ganado en exceso y aplica feroces represalias. Su miseria espiritual se traduce en la pobreza irremediable de cientos de familias y su miseria material es resultado de ella. Teme a la competencia de sus siervos, se sabe inútil y parásito, pero defiende fieramente su paracitismo.

Si la explotación es mayor y los problemas sociales más violentos que en la comunidad, el trabajador es más claro. No necesitamos convencerlo de que el patrón, el "gamonalista", es su enemigo; él lo sabe de sobra y lo odia cordialmente. Muchos habían intentado formar sindicatos o construir escuelas. Castigo: unos cuantos latigazos, prisión en la misma casa hacienda, o denuncia ante las autoridades por agitación comunista. El hacendado increpa: "¿quieres ir a la escuela para aprender a robar?".

Hay descontentos por todas partes y nos acogen con entusiasmo. Cuando empiezan nuestras operaciones contra los latifundistas --paso previo e indispensable para conquistar su total confianza-- su entusiasmo crece. Nuestra "propaganda armada" excelsa de discursos pero impregnada de acciones concretas contra los gamonales, dio grandes resultados.

Ha bastado poco tiempo para expulsar al latifundismo de esos lugares. Muchos terratenientes han huído sin esperar a que lleguemos a ellos. Los trabajadores empiezan a darse cuenta de lo diferente que es vivir sin patrón. Todas nuestras acciones cuentan con su respaldo.

Después de Chapi muchos bailan de gusto. Hasta han aprendido a levantar el puño derecho: "¡Comunista!". Los guardias civiles que, en gran número, han ocupado la casa hacienda después de nuestra retirada increpan a algunos llorosos: "¿no te da vergüenza lamentarte por esos desgraciados?" Surge la primera canción con tonada de huayno inventada por algún comerciante que recorre a pie las serranías diseminando la noticia: "Los guerrilleros cosecharon papa en Chapi", sirviéndose de la similitud, en su rudimentario castellano, entre las palabras papa y papay (patrón) (7).

(7) Los sucesos de Chapi, en que murieron los odiados hacendados Carrillo, se produjeron el 25 de Setiembre de ese año (1965). Sus fechorías eran tan conocidas que ni los policías de Ayacucho lamentaban su muerte.

Los colaboradores de la guerrilla aumentan. Se incorporan los primeros campesinos. En sojos, Muyoce, Palljas y Chapi, prometen hacerlo muchos más. Por primera vez, y emocionadamente, nos cercioramos de que va forjándose un poderoso vínculo entre el campesinado y la guerrilla. Ausentes los terratenientes, desorientado el ejército que no acierta a ubicarnos, quedamos convertidos en la única autoridad de la zona.

Pero hemos cometido gruesos errores. Nuestros amigos son conocidos en todas partes. Secretas o públicas, sus relaciones con nosotros son divulgadas. Un día es uno que le cuenta a su mujer que nos guió a determinado lugar, ésta lo narra a la vecina y la vecina al resto. Otro día es un joven que, ebrio en la fiesta pueblerina, grita con orgullo que es comunista y amigo de los guerrilleros. Otra vez somos nosotros que, ¡inconscientes!, visitamos a alguien de día. No toda la población es segura. Hay soplones, mayordomos de los latifundistas, gente que traiciona o delata o que, simplemente, guarda las informaciones para el futuro.

Nos damos cuenta del peligro e instamos a nuestros colaboradores a incorporarse a la guerrilla. Unos lo hacen de inmediato y otros dicen que nada pasará, que no tengamos temor, que, en todo caso, ellos sabrán cuidarse.

Octubre 1965. Aparecen las primeras patrullas del ejército, pequeños grupos móviles que aparentan ser guerrilleros. Preguntan a los campesinos: "¿sabes dónde están los compañeros? Les traemos encargos de Lima". La argucia es torpe para ubicarnos pero efectiva para descubrir a los ingenuos. Advertimos contra el peligro, pero es tarde.

Cuando la invasión se produce, todos nuestros colaboradores son torturados, fusilados, masacrados. La terrible venganza abarca a sus familiares más cercanos, a sus parientes, a los cultivos, a las casas mismas, que son incendiadas sin piedad. Es la barbarie planificada para aterrorizar a la población y castigar ejemplarmente su amistad hacia nosotros (8).

(8) Pero revela también cobardía e inseguridad. En ningún caso las tropas usaron de la persuasión o discriminaron culpables de inocentes. Antes que averiguar, les resultaba más práctico matarlos a todos. ¿Cómo podrían vencer al pueblo de que defienden una causa justa si su desesperación los impulsaba a acabar rápidamente con el peligro sin reparar en los medios? ¿Al hundirse en el sangre de sus víctimas, no hacían otra cosa que tratar de vencer su propio miedo.

Héctor Béjar

Hay tremendas lecciones en todo esto: la primera, el campesino no está presto a colaborar; la segunda, hay que cuidar la vida del colaborador tanto como la propia. Si nuestra subsistencia depende de nuestra agilidad, la del colaborador depende del secreto. Nosotros aprovechamos hasta cierto punto la primera, pero descuidamos lamentablemente la segunda.

Hay diferencias entre comunero y yanacona. El primero es, en la práctica, un pequeño propietario que realiza sus labores con toda independencia, cultiva su pequeña parcela, consume sus productos, vende café y cacao en el pueblo y sólo acude a la comunidad para que le señalen qué terreno puede cultivar (tratándose se de tierras de selva) y para la apertura y conservación colectiva de los caminos. Lo afectan dos problemas fundamentales: el latifundio, que tiende a crecer a expensas de las tierras comunales y los bajos precios de sus productos. Mientras el terrateniente lo expulsa de las mejores tierras, el comerciante lo mantiene en la miseria sujetándolo a su dominación económica. El comunero se defiende colectivamente del gamonal y muchas veces lo tiene en jaque ejerciendo una maravillosa fuerza común, pero aún no sospecha del comerciante porque está habituado a una relación desventajosa donde no hay más que una sola demanda para sus múltiples ofertas. Si su unidad es ejercida contra el terrateniente, se enfrenta aisladamente al comerciante. Por lo general, éste es también uno de los comuneros más ricos (si riqueza se puede llamar a una tienducha para el expendio de unas cuantas ropas, fósforos y conservas que muy pocos compran) y es uno de los "notables" del pueblo. Frecuentemente, será el primer informante del ejército y el más activo delator.

Si el comerciante está incrustado en la comunidad como un cuerpo extraño, el latifundista se infiltra en ella: seduce, compra o presiona al gobernador, al juez de paz y atemoriza al maestro.

Este pequeño mundo se vincula con el exterior a través de los vendedores viajeros, procedentes de la capital de provincia o del departamento, o de pueblos dedicados íntegra y exclusivamente al comercio de miserables manufacturas. Algunos son buenas gentes con ciertas simpatías por la izquierda --tienen hijos universitarios o colegiales influidos por las nuevas ideas-- y otros son informadores espontáneos de la policía.

La primera reacción de los esbirros al conocer nuestra presencia, fue apalearnos despiadadamente a las autoridades comunales en la Prefectura de Ayacucho y obligarlos, bajo amenaza de muerte, a mantenerlos informados de todo lo que sucedía. Unos se

convirtieron en confidentes y otros mantuvieron su lealtad. El comunero respeta a sus autoridades y, antes que al extraño que viene de lejos, preferirá siempre a su alcalde, su personero y su gobernador. Atemorizados, constituían un peligroso factor en nuestra contra.

Si el dogmatismo es perjudicial al militante, puede ser mortal para el guerrillero. En el campo encontrará problemas nuevos, grandes y minúsculos, y deberá resolverlos con claridad política y amplitud, sin perder de vista los objetivos que lo llevaron a tomar las armas. Constatará a menudo conflictos de tierras entre los comuneros o yanaconas, pequeños odios de familia, rivalidades entre un pueblo y otro. Será consultado, se le pedirá que interceda ante tal o cual persona o que la presione en tal o cual sentido. No podrá negarse: el quejoso puede ofenderse.

En Ayacucho, como en otros lugares, el hacendado llama colonos a los siervos a quienes, a cambio de un pedazo de tierra, obliga a trabajar, muchas veces sin ningún salario. La necesidad de contar con mano de obra barata o gratuita para las tareas de la hacienda, lo que en estos tiempos encuentra gran resistencia, obliga al patrón a la violencia, exacerbando el conflicto. Hoy es alguien que no vino a trabajar y a quien habrá de traer por la fuerza para que el ejemplo no cunda; mañana será un toro arrebatado a su dueño para venderlo a un comerciante cualquiera; otro día habrá que impedir que los campesinos cultiven demasiado para que no se enriquezcan rivalizando con el patrón. Una serie de grandes y pequeños abusos generan un clima de odio y la coyuntura para la acción es constante.

Hecho incontrovertible: el latifundio decae en todas partes, cada día es más difícil mantenerlo. Los gamonales venden sus tierras o se alejan, abandonando a sus siervos la posesión de los cultivos. Se produce poco, cada vez menos, y el hambre empieza a alcanzar al pequeño terrateniente. El antiguo edificio, carcomido por los años, se derrumba. ¿Estamos yendo hacia un conglomerado regresivo de míseros propietarios o hacia una clase social liberadora? ¿Esperaremos a que estos siervos, revolucionarios potenciales por sus contradicciones con el latifundista, se transformen en egoístas pequeñoburgueses por obra de esta espontánea reforma? ¿Decidirá algún día la oligarquía peruana (integrada por los grandes banqueros y los ricos latifundistas de la costa), sacrificar a sus parientes pobres de la sierra en una reforma agraria demagógica que privaría a la Revolución de una de sus bases más sólidas?. Si empezamos ahora, esa masa será nuestra aliada; si lo dejamos para mañana la tarea

puede ser más difícil. La sociedad es cambiante y el quietismo del agro peruano una mentira dicha solemnemente por los libros.

Siervo y comunero están emparentados. Muchas veces aquél tiene tierras en la comunidad vecina y si carece de ellas pueda que tenga familiares comuneros y a la inversa, lo que convierte a todos estos hombres en una masa que se entrelaza y confunde. Eso nos beneficia: cualquier acción contra el latifundista repercutirá favorablemente en la comunidad y la ayuda que prestemos a ésta encontrará eco en la hacienda.

Nuestros anfitriones más afectuosos fueron quienes en otra época habían intentado organizar a sus hermanos para reclamar colectivamente el pago de salarios y protestar contra los abusos. Instigadores de la negativa a trabajar para el patrón, propiciadores de la independencia, víctimas indefensas de crueles represalias, fueron los más fieles ayudantes de la guerrilla y los primeros en integrarla. Rindo emocionado tributo en estas líneas a Nemesio Junco, balsero de la hacienda Soccos, cholo ma duro e íntegro, cariñoso y sincero hasta lo increíble, bueno de pies a cabeza, nuestro primer hermano y primer combatiente, capturado y fusilado en Soccos y a otros más cuyos nombres no cito para salvar sus preciosas vidas. (9)

Deslumbrados ante el nuevo casino que les ofrecía la guerrilla, entusiasmados ante la verdad que aparecía desnuda ante sus ojos primitivos, se convirtieron sin tardanza en nuestros mejores propagandistas. Inolvidable el gesto de muchos que, al hablar a sus hermanos en su propio idioma decían, alzando el fusil con sus manos recias y trabajadoras: "Hermanos, los gamonalistas se acabaron. ¡Esto es respeto!"

Estos son los hechos. ¿Tuvimos o no apoyo campesino?. Si por

(9) Estos son algunos de los campesinos fusilados en la provincia de La Mar: Urbano Tello Bellido, Gualberto Berrocal Piñarayme, Celestino Valencia Tello, Constantino Valencia, Víctor Livio Valencia, Edwin García Miranda, (comuneros de Chungui); Julio Oscco, Víctor Soriano, Alejandro Gómez y Alejandro Acuña (hacienda Muyoc); Nemesio Junco, Juan Morales Villano, Pedro Ayuque (niño de 13 años de edad) en la hacienda Soccos. Todos fueron ejecutados siendo prisioneros. Las dificultades de información nos impiden dar a conocer más nombres.

él entendemos una convicción teórica general y elaborada, evidentemente no lo hubo. Pedirla sería trabajar con entes metafísicos y no con realidades. Si, por el contrario, llamamos apoyo campesino a la colaboración de la generalidad, nacida de la certeza de que estábamos allí para defenderlos, es indiscutible que sí lo encontramos y que, aún más, superó todos nuestros cálculos.

No cerremos esta parte de la exposición sin referirnos a los servícolas.

Al norte y al este de nuestras posiciones teníamos a los campas. Al comienzo poblaban todo Chinchibamba (10) y hace unas decenas de años han sido empujados selva adentro. Los independientes cultivan y comercian, aunque siguen practicando sus ancestrales costumbres. Otros, los rebeldes, se han ido a vivir en el monte, adonde la codicia del hombre blando no llega aún, retornando a la vida colectiva con sus jefes y sin explotadores. En general el ataque al campa es inmisericorde: todavía, como en los tiempos bárbaros, los pueblos son asaltados por los latifundistas; al poner en fuga a los mayores se llevan a los niños para criarlos a manera de esclavos en sus haciendas so pretexto de "civilizarlos". La religión católica y protestante, llena de mitos y fantasmas, sirve idealmente a sus torvos propósitos, y el temor a Dios se confunde con el temor al patrón. Quienes, crecidos ya, escapan a su esclavitud, son perseguidos y liquidados.

Aproximarse a los campas rebeldes y liberar a los esclavos, será tarea inmediata de la guerrilla y de ella extraerá eficientes y leales colaboradores.

LAS CAUSAS DEL FRACASO

El lector se preguntará: si las cosas fueron tan bien como dicen, ¿por qué fracasaron? Es elemental que el éxito de la guerrilla se basa en el apoyo activo de una población amiga. Si tal apoyo existió, ¿cómo fue que las guerrillas no subsistieron?

(10) La palabra CHINCHIBAMBA deriva de CHUNCHUYPAMPA o panpa de los chunchos.

Héctor Béjar

La respuesta nos lleva a un análisis detenido de lo que nosotros creemos las causas del fracaso. (11)

La guerra guerrillera exige la conformación de un mando único, de una sola dirección a la que corresponden la aplicación de una sola estrategia y las decisiones tácticas más importantes.

Este principio estuvo contradicho por la distribución en subcomandos que, en la práctica, no obedecían a una sola disciplina y que transformaron a la dirección, fracasada una coordinación imposible, en un grupo inoperante, privado de la cercana colaboración de los cuadros más valiosos. Este fraccionamiento que, en nombre de una supuesta dispersión del ejército, disminuía nuestro ya débil poder de fuego, debilitaba el comando y dejaba inconexos nuestros esfuerzos favoreciendo esencialmente al enemigo. No dispersábamos al ejército: nos dispersábamos nosotros. Si la subdivisión repentina puede organizarse adecuadamente para eludir la persecución y desorientar a los cazadores en una extensión en la que podamos reagruparnos cuando sea necesario, diseminados en la inmensidad peruana, cualquier reagrupamiento era imposible.

La guerrilla elude la confrontación con fuerzas superiores en número, buscando concentrar su fuego en destacamentos menos numerosos, desprevenidos o más débiles. Pero se daban casos como el de nuestro grupo, en que la escasez de combatientes hacía sumamente riesgosa cualquier operación.

En efecto, quedó comprobado que el ejército podía combatirnos con relativa eficiencia frente por frente, empezando por el que decía ser el Comando. ¡Y hasta hubo momentos en que lo hizo simultáneamente! Dispersos en grupos tan distantes que hacían imposibles contactos elementales, salvo a través de las ciudades --cementerios de guerrilleros, según Fidel-- aparecíamos en una situación a todas luces desventajosa. Hubiera sido mucho mejor establecer un equipo madre único y fuerte, consolidarlo en una amplia zona y educar a todos los combatientes en una sola disciplina. Luego de superada la primera etapa, la más difícil, podía venir cualquier desdoblamiento.

(12) De aquí en adelante nos referiremos a la experiencia MIR-ELN en su conjunto.

Insistimos en que el concepto de zona de seguridad es totalmente extraño a la guerrilla inicial. La zona de seguridad viaja con el guerrillero y no puede delimitarse ni fijarse, salvo preconizando un suicida planteamiento estático de la lucha.

El guerrillero inicial es un combatiente nómada. Su permanente movilidad le otorga un gran conocimiento del terreno, superior al de cualquier campesino, (este no camina fuera de las sendas y no conoce más que el territorio cercano a sus cultivos); y superior, por supuesto, al del ejército. Su margen de seguridad es mayor porque sus movimientos son secretos e imprevistos; y su conocimiento de la población se extiende a un radio amplísimo. No es cierto que quien se fija a una zona hace un trabajo político más profundo. Una permanencia que excede los límites de la prudencia sólo contribuye a que el campesino se entere de datos importantísimos como el número de los combatientes, sus características, su armamento, etc. Y hay que obrar con el convencimiento de que todo dato proporcionado al campesino puede ser un dato proporcionado al ejército.

La guerrilla es movimiento, acción, y su grado de solidez se mide por la intensidad de la lucha que lleva; si deja de moverse, se descompone y su moral decae.

Esta guerrilla nómada no existió en 1965 (12) Tuvimos lentitud, defectos traídos de la ciudad, obsesión por aparentar más poder del que en realidad teníamos, inexperiencia en el conocimiento del terreno. En el caso de los compañeros del MIR, ¿pudo ayudarlos en algo cierto trabajo político previo? Quizás. Pero por mejor que haya sido, estoy seguro de que no les dió un conocimiento eficiente del terreno, que solo otorga el desplazamiento guerrillero. Y no me refiero solamente al MIR, soy auto-crítico: los movimientos del ELN nunca excedieron el triángulo formado por la confluencia Pampas-Apurímac.

Sin haber logrado romper aún, en 1965, el cordón umbilical que nos unía a ciertas prácticas nocivas de la izquierda tradicional, no pudimos dar nacimiento a una organización unificada. Una oportuna coordinación MIR-ELN nos hubiera ayudado a superar sendos defectos.

(12) No podemos dejar de señalar aquí la ausencia de datos sobre la importante experiencia Lobatón-Velando, guerrillas que se movieron en una zona amplia.

Cuando se juntan un cuadro de experiencia partidaria y un combatiente sin ella, el segundo tiende a delegar la dirección en el primero, aunque éste carezca de suficientes condiciones político-militares. Pero no siempre el dirigente de partido es un buen comandante de guerrilla. Las nuevas condiciones exigen virtudes simultáneas y hoy el buen juicio político significa poco si no va unido a cualidades militares. Uno y otras se complementan y compensan y cualquier desnivel es peligroso.

La suerte de la guerrilla está determinada en gran medida por su dirección: las fallas de ésta se multiplican al reflejar se en cada uno de sus hombres y trascienden hasta los mismos pobladores amigos. Todos quienes participamos de los hechos debemos preguntarnos, con franqueza, si tuvimos un comando eficiente. La muerte heroica borra los defectos de los hombres, pero no debe relevarnos de una crítica objetiva y seria, que corresponde, en primer término a las organizaciones participantes.

Estamos acostumbrados a ver en el dirigente, aquél que pronuncia los discursos y hace el análisis teórico antes que el que adopta decisiones claras y eficientes sobre el terreno, aunque sin brillo académico. Pero la Revolución no requiere solamente claridad de objetivos y fidelidad a la causa: también exige habilidad y astucia. Al no obrar a tiempo para corregir defectos y superar factores retardatorios, no estuvimos a la altura de las circunstancias.

También hubo otros problemas. En el caso del ELN, el exceso de confianza lo llevó por el despeñadero hacia duros contrastes. Éxitos sucesivos hicieron que sobreestimáramos nuestras pequeñas fuerzas. Empezamos a desplazarnos de día, por caminos conocidos, confiados en los informes de la población y descuidamos precauciones elementales. A fines de 1965, los choques desventajosos se sucedieron, empezando con la muerte de Edgardo Tello. Quizá un grupo más numeroso hubiera podido pasar, aunque maltrecho, esos días difíciles, pero éramos muy pocos y la pérdida de cada hombre resultaba un verdadero golpe para el grupo. Desarticulada al fin la guerrilla, dispersos los combatientes, cada uno quedó librado a su propia suerte y fueron entregando sus vidas bajo el fuego implacable de una verdadera cacería humana.

Hay que ser sincero en estas cosas para que nadie pretenda atribuir el fracaso a causas etéreas: esta derrota inicial y momentánea no tiene nada que ver con el análisis político general básicamente correcto, ni con la línea de la lucha armada,